

RESEÑAS

FOUGEYROLLAS, PIERRE:

Ciencias sociales y marxismo. México: FCE., 1981. 253 páginas.

Profesor de sociología y responsable del doctorado de 3er. ciclo en sociología del conocimiento de la Universidad de París VII, Fougeyrollas presenta en su obra una síntesis de la historia de las ciencias sociales a partir del siglo de las luces. En esta época se origina la gestación del nuevo pensamiento social de la burguesía ascendente en Francia, que contrapone a la ideología tradicional de las sociedades antiguas –que justificaban las desigualdades sociales con base en el derecho natural de orden divino– la novel ideología de la razón y el progreso, cimentada en la igualdad universal de la naturaleza humana que intenta disolver las viejas diferencias entre los individuos de acuerdo a la voluntad divina, sobreponiendo las “verdaderas” diferencias sociales por el hacer y el tener, partiendo del principio de la propiedad privada, fuente del individualismo que proclama el pensamiento moderno del hombre occidental como modelo único a seguir.

El autor hace un análisis conciso de las ciencias sociales y sus treinta años de desarrollo institucional comenzando por los clásicos, desde Saint-Simon, Comte, Spencer, Durkheim, Max Weber y Toqueville llegando hasta los contemporáneos responsables de las escuelas actuales: el funcionalismo, el estructuralismo y el sistemismo. Asimismo hace un balance de los resultados de las ciencias sociales y sus diversas disciplinas, que intentan interpretar los procesos históricos, políticos, sociales, psicológicos, étnicos y culturales a través de distintos enfoques y corrientes teóricas y metodológicas, siempre basándose en la especulación ideológica de los fenómenos sociales que conduce al conocimiento parcial de la realidad, es decir, “los saberes fragmentarios”, en contraposición al marxismo como un método científico que permite analizar de una manera crítica la ideología que conllevan las ciencias sociales, así como la explicación de la degradación burocrática que se ha hecho del marxismo.

El autor empieza diciendo así.- “Esta obra, que ha surgido directamente de nuestra enseñanza, constituye una tentativa de separar la parte del saber y la parte de la especulación o, si se prefiere, de la ideología en la sociología en particular, y en las ‘ciencias sociales’ en general. . . “ (p. 7).

Fougeyrollas parte del principio de que las ciencias sociales no son ciencias y al respecto comenta lo siguiente: “A diferencia de las ciencias matemáticas y de las ciencias de la naturaleza, las disciplinas como la sociología, la psicología social, la etnología o antropología cultural así como la historia, la economía política, la demografía, la geografía humana y la politología e incluso la lingüística y la psicología, no han logrado, en su mayor parte, ni definir suficientemente la especialidad de su objeto ni articularse entre sí de una manera rigurosa. Con la mayor frecuencia no permiten ni la previsión sistemática ni la intervención deliberada y controlada en los procesos que estudian. En suma, pese a sus pretensiones y a sus triunfos obtenidos en la opinión pública, no son ciencias. Las ‘ciencias sociales’ son, en realidad, mezclas variables de saber y de ideología” (p. 13).

Para demostrar históricamente lo citado, el autor se remonta al movimiento del iluminismo del siglo XVIII para explicar las causas económicas, políticas y sociales (de la burguesía en ascenso) que determinaron y condicionaron a las ciencias sociales en su concepción idealista de la sociedad e influyeron posteriormente en el pensamiento de los estudiosos de las ciencias humanas (sociales).

Así pues, el autor analiza las obras de Saint-Simon, Auguste Comte y Herber Spencer, inscritas dentro del marco de la filosofía social que se refiere a meras “especulaciones sobre la sociedad moderna y sobre el devenir histórico que ha desembocado en esta sociedad y no de verificaciones ni de la descripción de datos objetivos. Lo cual resulta teórica y metodológicamente incompatible con el marxismo” (p. 29).

Acerca de Durkheim, que trata de estudiar a la sociedad a través de sus instituciones como fuente condicionante del actuar, el pensar y el sentir del hombre el autor dice: “no vio que es en y por la actividad productiva en y por el trabajo colectivo, como el hombre se desarrolla como ser social. Sin dejar de afirmar la sociabilidad del pensamiento, Durkheim ha caído en la trampa del idealismo que pretende explicar el pensamiento por el pensamiento, condenándose por ello a cierta forma de misticismo” (p. 43).

Respecto al durkheimismo y la sociología francesa donde se encuentran entre sus discípulos Marcel Mauss, Fauconnet, Bouglé, Simiand y Maurice Halbachs, el autor considera que sus trabajos tienen la marca de lo que se ha llamado “el imperialismo de la sociología, que es antes que nada, el predominio en la explicación de los hechos sociales de la referencia a las representaciones colectivas, a las mentalidades como causas primeras o estructurantes” (p. 46).

Después de repasar a los sociólogos franceses se refiere al sociólogo alemán Max Weber y su obra *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, de la que refuta el hecho de que sea considerada al mismo nivel de *La ideología alemana*, y de *Las reglas del método sociológico*, ya que estima que “el método weberiano reposa en el postulado idealista de una causalidad autónoma de las representaciones y las mentalidades. Para Weber las instituciones y las representaciones colectivas (ideología) no son, como para Marx, las superestructuras de una base real constituida por las relaciones sociales de producción; son por el contrario, fenómenos autónomos. Además comenta que incluso Marx y Engels ya habían descubierto la relación histórica entre el capitalismo y el protestantismo, como una variable moderna de la ideología cristiana” (p. 58).

Al cierre de esta primera parte que es “la formación y desarrollo del pensamiento político moderno”, Fougeyrollas examina la obra de Alexis de Toqueville (1805-1859) a quien sin haber creado ni una escuela, ni una ciencia ni un método se le considera el precursor de la ciencia política o la politología a través de sus escritos condensados en dos libros: *La democracia en América*, acerca de la sociedad norteamericana tal y como la observó Toqueville en los años 1831-1832, y *El antiguo régimen y la revolución* que gira en torno a la decadencia política de la nobleza y la revolución francesa. “En el fondo, lo que Toqueville describe y analiza a partir del excepcional ejemplo de los Estados Unidos es lo que Marx, diez años después, llamará la sociedad capitalista” (p. 71). Y aunque “Toqueville comprendió que el Estado burgués no instauraba el reino de la libertad, no llegó a discernir todos los mecanismos esenciales de la sociedad burguesa, de la cual el nuevo Estado no es más que el aparato institucional necesario para el dominio de la clase dirigente” (p. 74). En el caso de la sociedad norteamericana, la ideología del Estado es la democracia.

Finalmente pasa a lo que es la ciencia política actual que él llama politología y a la que relaciona con la sociología en el sentido de que ambas pretenden explicar los fenómenos políticos y sociales aislados de la “base real” que los produce.

La segunda parte de este libro “problemas actuales de las ‘ciencias sociales’”, se refiere al funcionalismo, al estructuralismo, al sistemismo, a las investigaciones empíricas y a las teorías idealistas. Bronislaw Malinowski (1884-1942), considerado el gran maestro de la escuela antropológica inglesa, es el fundador del análisis funcionalista, a través de su obra *Los argonautas del Pacífico occidental*, basada en el estudio de la sociedad de los nativos de las islas de Trobriand localizadas en el Pacífico, al este de Nueva Guinea. De ella señala que tiene una sólida organización social basada en su “coherencia cultural interna”, que se manifiesta en sus costumbres, en sus creencias, en sus ritos y prácticas mágico-religiosas. El método de Malinowski queda definido así por él mismo: “el análisis funcional de la cultura parte del principio de que en todos los tipos de civilización cada costumbre, cada objeto material, cada idea y cada creencia cumple con una función vital, tiene una tarea que desempeñar, representa una parte indispensable en una totalidad orgánica” (p. 83). A lo que Fougeyrollas agrega: “el objeto de su método, nos lo ha advertido claramente, no es la sociedad, la vida colectiva de los seres humanos, a partir de su base real, sino la cultura, es decir, lo vivido de esa vida por los individuos” (p. 83). En lo relativo a la ideología del funcionalismo, el autor comenta lo siguiente: “fundamentalmente, es el idealismo, en su fonna culturalista, el que ha conducido a Malinowski, con el pretexto de respetar la totalidad cultural, a separarla de las condiciones materiales de existencia y a inmovilizarla en una representación etnológica fija... que hoy resulta difícil no reconocer como una sistematización ideológica cuya función reside en la justificación del orden existente” (página 84).

Posteriormente, durante la Segunda Guerra Mundial, las “ciencias sociales” tienen mucho auge en los Estados Unidos debido a la recabación e investigación de hechos, puesto que ya no confían ni en el pragmatismo, ni en el behaviorismo ni en el evolucionismo, cuestión que Robert K. Merton pone en tela de juicio en su obra *Social theory and social structure* (1953). “En un estilo positivista, Merton cree poder purgar el análisis funcional de la ideología, de la que nosotros pensamos le es inmanente. Escribe Merton: ‘Revisado críticamente, el análisis funcional es neutral en relación con los grandes sistemas ideológicos.’ Momento característico

del desarrollo de las 'ciencias osciales' en los Estados Unidos, el funcionalismo absoluto de Malinowski es reemplazado por el funcionalismo relativista y crítico de Merton" (p. 86).

Poco después Talcott Parsons, otro sociólogo norteamericano, trata también de superar las deficiencias teóricas y metodológicas del funcionalismo, y su aportación consiste en la elaboración del concepto de Estructura, que viene a substituir al de totalidad social de Malinowski. "En lugar de una totalidad única, habría que considerar una pluralidad de totalidades estructurales abiertas ante el sistema social" (p. 87). Esto último sirve de base al desarrollo del estructuralismo y el sistemismo.

Sin embargo, no obstante el predominio del funcionalismo en los Estados Unidos, ha habido quienes tratan de oponerse a esta corriente de pensamiento. Citemos a David Riesman y su obra *La muchedumbre solitaria* (1950) y a Charles Wright Mills y *La elite del poder* (1956).

Más adelante proseguimos con el señor Claude Lévy Strauss (padre del estructuralismo), quien realiza dos grandes obras surgidas de sus investigaciones acerca de varios pueblos indios del Brasil: *Las estructuras elementales del parentesco* (1949) y *Tristes tópicos* (1955), lo que lo lleva a la membresía de la Academia Francesa. "Lévy Strauss trata de fundar una verdadera ciencia del hombre con ayuda de un método apropiado, al que llama método estructural y que pretende apoyarse sobre los progresos recientes de la lingüística fonológica. Rechazando la teoría y el método de Marx, Lévy Strauss identifica el surgimiento de la 'realidad humana' con la enigmática prohibición del incesto, generadora de la cultura, y con la no menos enigmática aparición del lenguaje. El ser humano no es, para él, el ser que se engendra en y por el trabajo social, en y por una dominación progresiva de las condiciones naturales de existencia a partir de su 'organización corporal'. Es un misterioso producto de la potencia combinatoria del espíritu que permanece idéntico a través de las combinaciones de posibles que ha escogido en el tiempo y en el espacio" (págs. 95-96).

A partir de Lévy Strauss en sus intentos de renovación de una ciencia que interprete los fenómenos humanos, el método estructuralista se extendió rápidamente entre una gran parte de los estudiosos de las "ciencias sociales" durante los sesenta y aún perdura en la época actual. Entre sus seguidores encontramos a Roland Barthes en su crítica literaria, Michel Foucault en sus consideraciones acerca del poder, Jean Baudrillard en su crítica de la economía subordinada al signo, Jacques Lacan y su reinterpretación del freudismo y Louis Althusser y su "interpretación del marxismo".

El auge de esta corriente se debió al debilitamiento del funcionalismo como un método capaz de satisfacer las demandas de respuesta a todas las interrogantes, por lo que el estructuralismo llegó a substituirlo, aunque también este método adolece de la misma falta al resguardarse al amparo de la ideología dominante rehusando el materialismo histórico. Por ende, Fougeyrollas considera que el estructuralismo será a su vez reemplazado por otra corriente de pensamiento que es el sistemismo.

John Kenneth Galbraith, profesor de ciencia económica en la Universidad de Harvard, ha escrito tres obras: *American capitalism* (1956), *The affluent society* (1958) y *The new industrial state* (1967) en donde crea su teoría del nuevo estado industrial, o sea su teoría de la tecnoestructura. A través de ella habla de una nueva sociedad "neo-capitalista" o "post-industrial" que superara el capitalismo crítico del siglo XIX. "Contra las predicciones 'catastróficas' de Marx, el capitalismo habría llegado a un estadio superior de su historia gracias a la organización sistemática de la producción y, más aún, a la estimulación deliberada del consumo" (p. 104). A la idea anterior Fougeyrollas plantea la siguiente pregunta después de la crisis inflacionario de los años setenta: "¿Dónde está, pues, 'la época de la opulencia' y dónde está el nuevo Estado industrial?"

El siguiente capítulo trata acerca de la influencia del psicoanálisis sobre las "ciencias sociales", que reside en la adopción de las aportaciones científicas de Sigmund Freud y que incurre en una perspectiva "psicologista" del hombre y la sociedad, que se contrapone al materialismo histórico. Esta influencia quedó plasmada en autores como Wilhelm Reich y Herbert Marcuse cuyas obras surgen "de una empresa de conciliación entre el psicoanálisis y el marxismo, así como también Jacques Lacan quien pretende constituir a la vez, un retorno a Freud y una interpretación rectificación del psicoanálisis a partir del método estructural" (págs. 111-112).

Después del examen de sus obras *La psicología de masas del fascismo* (1933) y *La revolución sexual* (1936) de W. Reich; *Eros y civilización* (1955), *El hombre unidimensional* (1964) y *Hacia la liberación* (1969) de H. Marcuse, *Fonction et chanip de la parole et du langage en psychanalyse* (1953), *Séminaire XI* (1973) y *Séminaire XX* (1975), y su confrontación con el marxismo, Fougeyrollas resume así: “Freudomarxista, lacaniano o culturalista, el psicoanálisis, cuando trata de captar y de interpretar los fenómenos sociales, desemboca en el psicologismo. Y es que en realidad no está hecho para ello. Partiendo de lo psicosocial y con mayor razón de lo significativo a lo simbólico, es imposible explicar procesos sociales engendrados por la práctica productiva de las relaciones de producción de la cual son inseparables” (p. 126).

Antes de pasar al sistemismo el autor revisa dos textos de Michel Foucault: *La historia de la locura en la época clásica* (1961) y *La voluntad de saber* (1976) que versan sobre las prisiones, los asilos psiquiátricos, “los perversos” o “desviados sexuales”, los “locos”, en fin, la población marginal (residual), desde el periodo que él llama clásico del siglo XVII y XVIII hasta la época actual y su relación con el poder, de la que Fougeyrollas comenta: “No cabe duda que las prisiones, los asilos, los cuarteles y quizá las escuelas de las sociedades contemporáneas expresan la opresión consustancial a esas sociedades. Pero finalmente, el porvenir de tales sociedades no se juega en las ‘relaciones de poder’ entre carceleros y cautivos, entre psiquiatras y ‘locos’, entre oficiales y soldados o entre profesores y alumnos o estudiantes, sino en las luchas que opone el proletariado a la clase capitalista” (p. 134). Por ello Foucault cae dentro del marco de la ideología dominante.

En lo que respecta al sistemismo que el autor considera como un aspecto del estructuralismo, dice así: “en la medida en que sistemas, subsistemas, subsistemas y así sucesivamente -sin referencia privilegiada a los fenómenos lingüísticos-, es legítimo hablar, antes bien, de método sistémico” (p. 135). Y propone una reflexión acerca de tal ideología, la cual se ha desarrollado en la politología actual teniendo como representantes a Robert Dahl (Universidad de Yale) en Estados Unidos y a Maurice Duverger en Francia quienes al igual que los demás politólogos han considerado a los Estados, a sus constituciones, a sus instituciones, a sus partidos, etc., y a la autoridad o dominio que se ejerce por medio de ellos, de unos individuos sobre otros, como sistemas y subsistemas.

“Y lo que hay que entender por sistemismo es esencialmente una concepción de los aparatos del Estado que trata de estudiar su funcionamiento a partir de las relaciones entre sus elementos constitutivos -institucionalmente hablando-, sin tomar en cuenta las fuerzas sociales que, en una coyuntura determinada, las han engendrado” (p. 139).

Finalmente, después de la revisión del funcionalismo, el estructuralismo, el sistemismo y de sus autores y seguidores, Fougeyrollas cierra esta parte de su libro subrayando. “funcionalistas’ estructuralistas o sistémistas las ‘ciencias sociales’ se obstinan en ponerse por objeto las totalidades, estructuras, sistemas o subsistemas, sin plantearse la cuestión de su contenido como cuestión previa en relación con las formas de la vida colectiva de los seres humanos. Rechazando el marxismo y pretendiendo substituirlo, la teoría antropológica, sociológica, politológica, etc. pertenecen, todos, a la ideología dominante” (p. 141).

Antes de pasar a la tercera y última parte del libro que es el marxismo, el autor se refiere a los diversos métodos de investigación en ciencia sociales: recopilación y análisis de materiales orales, escritos y audiovisuales; investigación por observación directa, por observación participación, por entrevistas; experimentación e investigación-intervención (action research) que incluye los tests, la sociometría, la dinámica de grupo, los juegos de simulación y las técnicas de la clínica, y considera que estos métodos y técnicas no cumplen los requisitos necesarios que demanda el rigor científico de “la unidad entre la teoría y la práctica”, condición que permite la previsión e intervención deliberada de los procesos y aun su control. Por lo tanto, Fougeyrollas dice que las disciplinas que no comportan intervención deliberada y eficaz en el curso de los procesos sociales son: la sociología, la historia, la politología y la etnología; en cambio las disciplinas que pueden aportar bases de una intervención deliberada y eficaz en el curso de los procesos sociales son: la demografía, que ha demostrado ampliamente sus previsiones acerca del incremento o decremento de las poblaciones, así como la geografía humana que ha desembocado en la cuestión ecológica; por último, quedan las disciplinas de intervención directa: la lingüística, la psicología social, y en fin, la psicología a través del psicoanálisis y de los tests. “

En suma, las diversas 'ciencias sociales' ocupan en relación con la ciencia, entendida en su especificidad, posiciones muy distintas. Pero en ninguna de ellas se encuentra una unidad sistemática de la teoría y la práctica que se exprese en un conjunto coordinado de saberes que permitiera la previsión asegurada y la intervención deliberada y controlada en los procesos estudiados" (p. 152).

Así pues Fougeyrollas hace un balance en las "ciencias sociales" y sus aportaciones durante medio siglo resumiéndolo así: "I) Descripciones y verificaciones empíricas en todas las disciplinas; II) Clasificaciones y tipologías sin una consideración cierta de los objetos en cuestión; III) Una ausencia general de la capacidad de previsión; IV) Capacidad de ciertas disciplinas de 'proponer a partir de saberes sectoriales, esquemas de intervención'; V) Una explicación de los fenómenos sociales que por la fuerza de las cosas sigue siendo especulativa y recurre a la ideología dominante. Pues allí donde la unidad de la teoría y de la práctica no llega a instaurarse sistemáticamente, es inevitable que una coordinación especulativa e ideológica de los saberes adquiridos tome el lugar de la teoría científicamente.

Así pues para demostrar la ideología de las "ciencias sociales", el autor no pretende oponer a este "corpus doctrinal" otro "corpus doctrinal" que sería el marxismo, puesto que "el marxismo, no nació de investigaciones universitarias, sino de trabajos teóricos inseparables de la lucha de clases -y singularmente del movimiento obrero revolucionario-. El marxismo, según lo entendemos, es la concepción de la historia y el método de investigación de los procesos sociales elaborados desde Marx hasta nuestros días, por lo que se ha tratado de expresar conscientemente el proceso histórico inconsciente de las sociedades modernas y, en retrospectiva, de las sociedades anteriores" (p. 8). Por ende, para el marxismo no se trata de comprender o interpretar el mundo de una nueva manera sino de transformarlo.

Por lo tanto, Fougeyrollas termina la tercera y última parte de su libro haciendo una exposición de lo que es y ha sido el marxismo y sus diversas interpretaciones que lo han desvirtuado desembocando en una "querrela ideológica" al tratar de reducirlo al nivel de otro método cualquiera como los que han sido examinados en esta obra, lo que proviene, en cierta medida, de las supuestas reinterpretaciones y afinaciones que han intentado hacerse desde Gramsci, Korsch, Luckács hasta Althusser acerca del marxismo. Sin olvidar también que esta desviación proviene de la degradación que se ha hecho del marxismo a partir de su instauración en los países "socialistas", tales como China, Corea del Norte, Mongolia, Indochina y la URSS, que han sucumbido en una degeneración burocrática que pretende justificarse en aras del marxismo convirtiéndolo en otra ideología. Respecto al caso concreto de la URSS, el autor dice-. "desde 1923, lo que se ha edificado en la URSS, no es el socialismo sino un totalitarismo burocrático con el que tropiezan, cada vez más, las aspiraciones y el movimiento real de las masas. En contraste, las funciones de esta 'teoría' son claras: justificar y camuflar la dominación de la capa burocrática y, en segundo lugar, tranquilizar a la burguesía imperialista oponiéndose -como lo exige el interés fundamental de la burocracia- a toda extensión internacional de la revolución proletaria" (p. 242).

Finalmente, considero que los comentarios y recomendaciones acerca de esta obra están por demás ya que el texto es lo suficientemente ilustrativo y habla por sí mismo de su importancia y el interés que puede suscitar entre aquellos verdaderamente preocupados por los problemas sociales de nuestro tiempo, opacados por el "oscurantismo" de la ideología.

BERTHA EUGENIA CASTANEDO Q.